

— A vos nó, señora, á él, si no cedéis.

— A nadie! vibró una voz robusta sonando á espaldas de los personajes de esta escena.

Todos se volvieron asombrados y Bocanegra el asesino bajó su brazo armado del puñal. La voz que resonaba, paralizó su accion.

Era la del conde de Benavente.

El anciano se adelantaba perezosamente apoyado en un baston. Habia visto desde una ventana del castillo á Leonor en conversacion con el duque y habia bajado con objeto de reunirse á ellos, llegando en ocasion de poder presentiar la incalificable escena que allí tenia lugar.

La jóven, á la vista del anciano, dió un grito de júbilo y se arrojó en sus brazos.

— Que es eso, señor duque? — exclamó entonces el anciano caballero. — Cómo á tales demasías se atreve un noble en mi castillo? Vuestra accion es la de un ruin y mal nacido. Salid pronto de esta mansion que manchais con vuestra presencia. Los Pimentel no admiten cobardes y villanos en su casa ni á su mesa. Fuera, mal caballero, fuera de mi castillo!

El duque se puso cárdeno de ira. Sus ojos brotaban llamas, sus dientes rechinaban, sus puños se crisparon é hizo ademan de requerir la daga que brillaba en su cintó. Detuvo su movimiento sin embargo, y exclamó conteniéndose todo lo que le fué posible:

— Respeto vuestras canas y vuestra avanzada edad. A no ser así, os hubiera pedido que me hicierais el gusto de medir con las mias vuestras armas.

— Siempre que gustéis, duque. Aun tiene vigor este brazo de anciano para manejar el acero templado con sangre de enemigos en cien batallas.

Pero el duque no le escuchaba ya. Al pronunciar la última palabra, volvió la espalda y no tardó en desaparecer entre los árboles.

Bocanegra estaba aun en la torre con la rodilla en tierra.

— Desátame á ese jóven, bribon, — le gritó Don Rodrigo, — y vete á reunir con tu noble y digno señor.

Bocanegra obedeció en silencio como era su costumbre. Cortó con el puñal las ligaduras de Sancho, le quitó la mordaza, le ayudó á ponerse en pié; envainó su acero, y haciendo un profundo saludo á Leonor y á Don Rodrigo, se alejó sin haber despegado los labios.

Sancho se precipitó hácia el duque y besó su mano mientras que dirijia una tiernísima mirada de amor á la jóven.

Don Rodrigo sintió humedecidos sus ojos por una lágrima.

— Si fueras noble, hijo mio, — dijo al paje, — por oscuro que fuese tu nombre te concederia la mano de mi nieta querida. Pero desgraciadamente no lo eres y tú no puedes exigir que el último vástago de los Pimentel se enlace con un villano. Vete, pues, abandona este castillo, y olvida á Leonor como ella me complacerá olvidándote á tí.

Sancho volvió á mirar á la condesa. Esta le dirigió una mirada que queria decir en su mudo, pero espresivo lenguaje: Oh! nó, no te olvidaré nunca!

— Parte, Sancho, parte! la bendicion del cielo te acompañe!

Dijo el anciano, y tomando el brazo de Leonor se dirigió lenta y trabajosamente hácia el castillo.

V.

DE BRIBON A BRIBON.

RATO hacia ya que diera la media noche; reinaba el mayor silencio y todo el mundo dormia ó poco menos en el castillo, cuando se dejó ver una luz misteriosa en el fondo de una galería, luz que iba avanzando poco á poco en direccion al ala oriental del edificio. Era despedida por una linterna que un hombre llevaba en la mano.

Avanzaba este personaje con toda precaucion como si temiese ser oido, parándose á cada momento para interrogar el silencio, inclinando el cuerpo y la linterna hácia delante para registrar la oscuridad, y procurando mitigar el ruido de sus pisadas que al menor descuido podian hallar un traidor eco en las bóvedas del viejo castillo. De este modo siguió andando, y atravesó sin ser notado la galería y varias antesalas hasta llegar á una labrada puer-

ta ante la cual se detuvo. Empujola suavemente, pero viendo que no cedía á su impulso, dió con su puño cerrado un golpe en una de sus hojas. Tres veces hubo de repetir el llamamiento antes que, abriéndose la puerta, le pusiera frente á frente de un hombre que no era otro que el duque de Arévalo.

— Ah! eres tú Martin? — dijo este volviendo á cerrar la puerta luego que hubo entrado el hombre de la linterna.

— Vuestro obediente servidor, — contestó Martin inclinándose y dejando en un ricon de la estancia la linterna.

El duque se cruzó de brazos y se puso á pasear por la sala con las cejas fruncidas y la mirada centellante, no haciendo con ello sino proseguir la ocupacion que tenia antes de llegar Martin. Este se quedó á un lado en pié y respetuoso, aguardando que nuevamente se le volviera á dirigir la palabra. Antes de efectuarlo, el de Arévalo dió cinco ó seis vueltas por el aposento. Por fin, parándose repentinamente en mitad de un paseo, al cruzar por delante del antiguo palafrenero, se encaró con este y le dijo:

— Ya lo ves, ya estás viendo el fruto producido por tus consejos y por tu diabólico plan que Dios condene. He sido echado del castillo como si fuera un perro, como si fuera un villano, y se me ha hecho semejante afrenta á mí, el duque de Arévalo, sin que haya castigado al imprudente viejo que á tanto se ha atrevido. He ahí por cierto una famosa victoria! Yo he perdido todas mis esperanzas y ese maldito paje está en libertad. Ira del cielo!

Y el duque acompañó este juramento con una violenta patada que hizo temblar el pavimento.

— En cuanto á que hayais perdido todas las esperanzas, señoría, — exclamó Martin con una burlona sonrisa, — no lo juzgo yo así; y en cuanto á que el paje esté en libertad, me permitireis que no sea de vuestro parecer.

— Cómo? — dijo parándose el duque, que habia vuelto á continuar sus paseos.

— El paje, señor, está á buen recaudo. Vuestro gigante Bocanegra tiene unas piernas tan largas como seguros y firmes son sus puños.

— Y qué?

— Que ha sido fácil alcanzarle antes que saliera del camino de hayas, y como la ocasion era propicia y el lugar desierto....

— Miserables! le habeis asesinado!

— Asesinado! Oh! librenos Dios, señoría. Bocanegra se ha contentado solo

con echarle mano y maniatarle. Teneis una alhaja en este servidor, señor duque.

El caballero se quedó un momento reflexivo.

— Pésame, — dijo á los pocos instantes, — pésame que lo hayais hecho sin consultar mi autoridad. Esto os hubiera evitado el tener ahora que soltar al paje.

— Soltar al paje! — exclamó sorprendido Martin.

— Mañana á primer hora, — dijo el duque. — Para qué necesito tenerle preso? qué falta me hace?

El antiguo palafrenero miraba al de Arévalo con asombro.

— Sí, ninguna falta me hace, repito. No me echan de aquí como á un intruso? No tengo mañana mismo que abandonar este edificio?

— Y vais á salir del castillo? — preguntó Martin.

— Sí.

— Renunciando á todo?

— A todo.

— Renunciando tambien á la mano de la condesa?

— Pues que otra cosa quieres que haga, voto al diablo?

Martin estaba atónito.

— Ya que estais decidido, no hay que hablar, — murmuró encojiéndose de hombros, — y por lo mismo, como ninguna falta os hago, permitid que me retire...

— Y el caso es, — dijo el duque como si no hubiese oido á Martin, — el caso es que todos mis acreedores han accedido á darme treguas con la esperanza de mi enlace con Leonor.... Condenacion de Dios!

Y se dejó caer en un sitial. Martin se le acercó con indiferencia y sangre fria.

— Con vuestro permiso, señor duque....

— Oye, Martin, — exclamó de pronto el de Arévalo sin que al parecer hiciera caso de la pretension que de retirarse mostraba el palafrenero; — oye, tú eres hombre de intriga y de consejo. Dime lo que debo hacer.

Martin titubeó.

— Habla, háblame francamente; te permito que me digas todo lo que piensas sobre mi situacion.

— Podeis pagar á vuestros acreedores?

— No tengo ni un maravedí para ello.

— Pues entonces, no debeis salir del castillo.

— Ya, pero qué medio emplear?

— Se busca..... se busca y se encuentra.

— No estoy yo para romperme la cabeza. Búscamele tú.

Martin miró á todos lados como para asegurarse de que nadie le oía y se acercó mas al duque hablándole en voz baja y misteriosa.

— Si no estoy mal enterado, quedais único tutor de la condesita en caso de faltar Don Rodrigo?

El duque levantó la cabeza y miró á Martin.

— Sí, — le dijo.

— Si vos fuerais tutor, tendríais un derecho sobre ella y podríais facilmente obligarla á que os diera la mano.

— Sí.

— Don Rodrigo es viejo, es anciano, está achacoso....

— Sí...

— Y por consiguiente.....

— Por consiguiente? — preguntó el duque incorporándose á medias en su sillón y mirando cara á cara á Martin.

El criado sostuvo la mirada del caballero sin bajar ni sin apartar la vista. Hubo un breve instante de pausa, de silencio. Hubiérase dicho que toda la vida de aquellos dos hombres habia pasado á sus ojos, y que sus corazones, dejando de latir, acababan de transmitir todo su calor y vital animación á sus miradas. Hubiérase dicho asimismo que los rayos de estas encontrándose acaso en sus líneas diverjentes, se habian chocado y repelido como si fueran impulsadas por un sentimiento innato de dignidad la una, por un resto instintivo de pudor la otra. La mirada del duque era de ansiedad, de curiosidad, tal vez de deseo; la de Martin era fria, severa, inflexible, muda en fin como la de una estatua. Contemplándose estuvieron sin pestañear por algunos segundos. El de Arévalo fué el primero en ceder dejándose caer en el sillón.

Era quizá que se habian comprendido? Difícil seria decirlo, pero es lo cierto que la conversacion continuó bajo otro tono mas familiar.

— Por consiguiente? — repitió el duque cuando se hubo vuelto á sentar.

— Nada, señor, — contestó Martin, dejando caer de sus labios una á una las palabras como si tratara de dar á todas su valor. — Quería solo indicaros que yo soy el médico de Don Rodrigo y que este se halla en el día sujeto al régimen que le he trazado, régimen con el cual, y ayudado de Dios, espero calmar sus dolencias y su gota. Sin embargo, señor, el conde de Pimentel está achacoso, y á su edad no siempre se resisten los disgustos. El que hoy ha

tenido el buen caballero, ha influido en él de una manera extraordinaria, y dos veces he sido llamado ya para asistirle y para calmar las convulsiones que le afectaban. Mañana mismo pienso....

— Y dónde has aprendido tú el arte de curar? — preguntó el duque sin mirarle.

— En la judería de Sevilla donde he vivido todo el tiempo que he estado ausente del castillo. Entre judíos se aprende mucho y pronto, señor duque; son unos grandes maestros y poseen toda clase de secretos. No hay yerba en un campo de que no conozcan á fondo todas las buenas ó malas cualidades.

— Decias, pues....

— Decia que mañana mismo pienso administrar á Don Rodrigo una tisana compuesta con ciertas yerbas cuyo mérito me es conocido y que yo mismo he ido á buscar este anochecer en los alrededores del castillo.

— Y esa tisana?

— Debe calmar completamente sus dolores.

— Oh! lo deseo en el alma, Martin, — dijo el duque esforzándose por dar á su voz un tinte de convicción y dulzura. — Es cierto, como decias hace poco tú mismo, que en faltando Don Rodrigo, me hallo yo tutor de la huérfana condesita á la cual seria entonces muy facil doblegar á mi voluntad; es tambien muy cierto que yo entonces administraria los inmensos bienes que posee la familia de Pimentel, pero apesar de ello, Martin, créelo, no deseo la muerte del conde.... Oh! no! Dios nos lo conserve! Tienes pues confianza en tu arte?

— Absoluta, señor.

— Y crees que esa.... esa tisana que me decias....?

— Producirá el mejor resultado, sí señor.

— Dios ponga tiento en tu mano, Martin.

— Así sea, señor!

— Puedes ya retirarte, — dijo el duque. — Deseo reposar un poco.

Martin se inclinó y cojió su linterna.

— Hay necesidad de que se suelte al paje? — preguntó.

— Nó, lo he reflexionado mejor, — contestó el de Arévalo: — me parece que debemos conservarlo. Es un rehen....

— Y un rehen siempre es un rehen, — dijo Martin acabando la frase. — Buenas noches, señor duque!

— Adios, Martin! — dijo el duque afectuosamente.

El palafrenero dió algunos pasos.

— Ah! — exclamó el caballero, — oye. Si algun dia, lo que no quiera Dios,

si algun dia me llevo á encontrar por muerte de Don Rodrigo, tutor de la condesita y administrador de sus bienes, te nombraré á tí mi mayordomo en gefe. Será una recompensa debida á la solicitud y esmero con que cuidas ahora del buen anciano.

— Señor....— dijo Martin inclinándose hipócritamente en señal de gratitud.

— Vé, Martin, vé á velar el sueño del conde. El lugar del médico debe ser junto al enfermo.

El palafrenero volvió á saludar respetuosamente y atravesando la habitacion y cerrando tras sí la puerta, partió murmurando entre dientes estas palabras:

— Duque, duque, ya eres mio! Oh! mi plan es mas vasto de lo que te crees, duque!

Mientras tanto, el de Arévalo, que se habia levantado en seguida de salir Martin, se paseaba por el aposento inquieto y agitado. Largo rato pasó en esta ocupacion. Por fin, se acercó á su lecho y descorrió las pesadas cortinas que lo cubrian. Entonces fué cuando se desplegaron sus labios para murmurar:

— Ese hombre es un malvado, y no daria un maravedí por su pellejo. Algun plan se propone. Pero en fin, ayúdeme en mis proyectos y allá se las arregle con su conciencia.

Y dicho esto, el duque se tendió en la cama sin desnudarse. Sonreía ya el alba cuando consiguió quedarse dormido.

No lo estuvo mucho tiempo. Hora y media haria todo lo mas que tranquilo reposaba, cuando le despertó el ir y venir de los criados por la galería y cierta agitacion que reinar parecia en el castillo. Incorporóse en su lecho tratando de coordinar sus ideas confusas por el corto sueño á que se habia entregado, y acababa de saltar de la cama, cuando un hombre entró en su habitacion.

Era su ayuda de cámara.

— Qué sucede, Beltran? — le preguntó el duque.

— Señor, — exclamó el criado, — Don Rodrigo ha muerto.

— Muerto!

Y el duque palideció y vaciló teniendo que apoyarse en uno de los macizos pilares del lecho para no dar en tierra con su cuerpo.

— Es imposible! — murmuró á los pocos momentos.

— Desgraciadamente, señor duque, nada es mas cierto, — dijo en esto inclinándose el médico judío que acababa de entrar en la estancia.

— Ah! — exclamó el duque retrocediendo un paso.

— Si señor, — prosiguió Martin. — Y sin embargo, este amanecer yo mis-

mo le he dado una bebida calmante que ha parecido aliviarme de un modo notable, pero una hora despues, ha tenido un fuerte ataque de gota y todos los remedios han sido inútiles. La gota le ha ahogado.

El duque hizo una seña al ayuda de cámara para que se retirase. Cuando se quedó solo con el médico, se adelantó hácia él y le dijo con voz trémula:

— Sal del castillo para quitarte este traje; es preciso que todos vean partir al médico judío. Mañana te volverás á presentar. Te aguarda la plaza de mayordomo.

En seguida llamó y presentáronse los criados.

— Acompañadme á ese hombre, — les dijo, — hasta la puerta. El médico que no ha sabido curar al anciano caballero, no debe permanecer por mas tiempo en su castillo.

Cuando hubieron sido cumplidas sus órdenes, el duque hizo pasar un recado á Leonor por uno de sus pajes, pero la jóven, entregada por entero al sentimiento de la muerte del conde, no quiso recibirle. El de Arévalo empezó á dar órdenes y disposiciones, y júzguese de la sorpresa y asombro de todos los del castillo cuando al siguiente dia vieron presentarse á Martin el antiguo palafrenero, al cual, no bien hubo llegado, concedió el duque la plaza de mayordomo en gefe. Martin, que en su antiguo empleo era orgulloso, se manifestó en el nuevo insolente, y empezó á despedir uno tras otro á los servidores de la casa de Pimentel, dándose tan buena maña que á los dos dias toda la servidumbre habia sido cambiada en el castillo.

Por cuatro ó seis veces distintas se habia presentado el duque á la puerta de la habitacion de Leonor siéndole siempre negada la entrada. La jóven queria dejar correr á sus solas las lágrimas. El duque aguardó con la posible calma á que se dignara estar visible para él, pero esto no obstante á cada momento casi mandaba uno de sus pajes con encargo de preguntar á la condesa por su salud.

Así transcurrieron seis dias.

A la mañana del séptimo, el ayuda de cámara Beltran entró en el aposento del duque y le dijo que Doña Leonor de Pimentel preguntaba si podia concederle una entrevista.

— Al momento! — contestó el duque. Voy allá, Beltran, dí que voy al instante.

— No hay necesidad de que os movais, porque está aquí.

— Quién?

— Doña Leonor.

— Ella!

— Ella misma. Ha venido en persona á hacer esta pregunta.

— Oh! que pase, Beltran, que pase! — exclamó el duque atónito.

Leonor entró. Su semblante algo pálido hacia traicion con un nuevo encanto á las emociones experimentadas aquellos dias por su tierno corazon; sus ojos fatigados de llorar, se velaban melancólicos bajo las sedosas pestañas; un suave tinte de dulce tristeza se veia esparcido por su agraciado rostro. Sin vacilar, y con un ademan de majestuosa dignidad que no tenia sin embargo nada de orgullo, se adelantó hácia el duque al que arrojó una penetrante mirada. El de Arévalo se sintió turbado ante aquella interrogadora mirada cuyo sentido desconocia.

— Señor duque, — dijo Leonor con voz dulce y al mismo tiempo firme, — vos sois mi tutor, pero como me consta que deseais tener con respecto á mí un título mas tierno, vengo yo misma á adelantarme á vuestros deseos. He ahí mi mano.

— Señora..... — balbuceó el duque sin saber lo que le pasaba.

— De esta manera, — prosiguió Leonor, — evito una accion indigna á un caballero.

— Leonor!

— Oh! sé que no hubierais retrocedido ante nada, y que toda violencia os hubiera parecido buena para hacerme vuestra esposa. Atreveos sino á negármelo.

Y la mirada de Leonor se clavó severa é interrogadora en el duque. A este le pareció que brotaba fuego de aquellos ojos que fijos tenian en él, segun el calor que sentia en su rostro. Se calló.

La condesa prosiguió con aquella enerjia y resuelto ademan que le conocemos:

— Ya pues que tendria que acabar por rendirme, prefiero capitular. Ofrecedme que no se hará daño alguno al jóven Sancho, y soy vuestra.

— Os lo ofrezco, señora, — exclamó el duque.

— Por vuestra palabra de honor?

— Por mi fé de caballero.

— Entonces disponed de mi mano.

— Pues bien, — dijo el duque gozoso, — dentro de ocho dias la ceremonia nupcial.

— Dejad al menos que se enfrien las cenizas de los muertos! exclamó Leonor con otra mirada que dejó al duque clavado en su sitio.

Y sin añadir mas palabra, se salió de la estancia. A la puerta encontró á Martin que se inclinó profundamente. Leonor volvió el rostro con dignidad, pero sin desprecio.

Cuando la condesita llegó á su cuarto, se dejó caer en un sitial y dió rienda suelta á sus lágrimas largo tiempo comprimidas por la fuerza poderosa de su voluntad. En su misma desesperacion habia buscado su enerjia y dignidad para llevar á cabo el sacrificio, pero consumado este, los tiernos sentimientos de la infancia volvian á hacerse lugar en el corazon de la mujer que no hallaba ya sino en las lágrimas su consuelo y su recurso. Leonor lloró, lloró amargamente y aquel llanto fué como un triste y postrimer adios á sus ilusiones perdidas, á sus dias pasados, á sus esperanzas tronchadas en flor. El porvenir se le presentaba á la pobre jóven bien triste, pero sentíase sin embargo con un fondo de valor suficiente para dejarse arrastrar tranquila y firme por la desgracia, como el profeta antiguo se dejaba llevar apacible y digno por el huracan. Corria por sus venas la sangre de los Pimentel, y habia heredado de su abuelo la calma en el peligro, la resolucion en la tormenta.

Por esto es que cuando vió repentinamente bajar al sepulcro á Don Rodrigo y estenderse para siempre sobre él la fria mortaja, Leonor abrazó de una mirada todó su presente y porvenir, y como si los dos hubiesen rasgado el velo que les encubria, los dos se mostraron á los ojos de la condesa en toda su espantosa y desnuda realidad. Leonor entonces viendo ir hácia ella el peligro, se habia, resuelta y osadamente, lanzado á su encuentro y, conociendo que tendria que ceder, prefirió capitular.

Leonor lloró despues, ya lo hemos dicho, lloró en abundancia y con amargura, pero tambien se prometió que aquellas lágrimas serian las últimas. Iba á dejar de ser niña para convertirse en mujer, y juró resguardar su corazon con la triple coraza con que se le envolvian para no sentirse conmovidas las hijas de Ondino, cuando iban á recorrer los campos de batalla para gozarse en los últimos suspiros de sus agonizantes enemigos.

En cuanto al paje, la condesa le juró en el fondo de su alma un eternal recuerdo. Era todo lo que podia nacer. La mortaja que habia caido sobre el cuerpo de D. Rodrigo, habia caido tambien sobre sus amores.

Llegó el dia de la nupcial ceremonia y la halló dispuesta. Sus damas la vistieron de blanco y ciñeron su frente con la modesta corona de vírjenes flores. Leonor se dejó vestir, engalanar, ataviar, muda y silenciosa, insensible á todo, pálida como las flores que acaban de prender á su cabeza. Concluido su tocado,

se levantó sin decir una palabra, envolvióse en los anchos pliegues de su niveo velo, y cruzando leve y sin ruido como una sombra los corredores del castillo, bajó á la capilla donde le aguardaban al pié del altar el sacerdote y el duque. Martin era uno de los testigos.

Subió Leonor lentamente pero sin titubear las gradas que debian conducirla al sitio que la reclamaba. Al hallarse frente del duque se inclinó y preguntó con una voz debil cual si exhalara un suspiro:

— Y Sancho?

— Libre, — contestó el duque volviéndose hácia Martin como para mayor seguridad de la condesa.

— Y ausente, — añadió Martin, dejando errar por sus labios una sonrisa de hiel que la condesa no vió.

Leonor dejó caer el velo de sus párpados sobre sus ojos y alargando la mano como hubiera podido hacerlo una estatua de piedra, la depositó, fria y helada como la de una estatua tambien, en la del duque que se estremeció á su contacto.

Pocos minutos despues la sagrada ceremonia habia concluido.

Los espectadores habian creido asistir á un entierro.

VI.

LA VOZ DEL SUBTERRANEO.

POBRE condesa Leonor!... Habia nacido para ser libre, para ser feliz, para brillar deslumbradora y envidiada, hermosa entre las hermosas y reina en las fiestas y torneos. Pero, ay! cuan otra fué desde aquel dia su existencia

Encerrada en el viejo castillo de sus padres como en un sepulcro, enlazada á un hombre de hierro como su armadura, á quien apenas veía y que nunca tenia para ella ni una palabra de consuelo ni una sonrisa de amor, la jóven empezó á languidecer como una flor que se marchita falta de aire y de sol, como el ruiseñor que se muere en una jaula falto de espacio en que tender libremente sus juguetonas alas.

Pobre condesa Leonor! Despidieron á todas sus antiguas sirvientas, á todos los que siempre la habian rodeado, y ya solo vió junto á ella rostros estraños y severos que la miraban con burlona compasion, criados que la servian con indiferencia y desprecio. Seguian en esto la conducta del duque que era de hielo ante ella y que, oponiendo un aspecto siempre glacial á la belleza pálida y suave de la jóven, la miraba con el mismo desden que al último de sus servidores.

La infeliz joven pasaba la vida entre humillaciones continuas, y sin embargo nunca se la vió exhalar un suspiro, balbucear una queja, derramar una lágrima. Dotada, como ya sabemos, de una enerjía de carácter verdaderamente varonil, de una firmeza de carácter extraordinaria, todo lo sufría en silencio, con esa pasmosa y sublime resignacion que convierte á una mujer en una mártir.

Triste, sola, aislada, veía deslizarse los dias monótonos y frios, sin variacion alguna, sin emociones de ninguna clase que pudieran prestar alivio á su pecho dolorosamente acongojado, á su alma cruelmente herida: inclinada siempre sobre los bordados de tapicería á que se entregaba y que le proporcionaban algunos momentos de grata distraccion, permanecia sola en su estancia sin ver entrar apenas á nadie, sin hablar con persona humana. Mejor que la condesa de Benavente, era la prisionera del castillo.

Algunas veces, á la caida de la tarde, se aproximaba á una de las ventanas de su habitacion que daba al jardin, y entonces le sucedia soltar descuidada la tapicería que bordaba y, levantando la cabeza, pasear su mirada distraida por la rica y espléndida verdura del jardin que dejaba llegar hasta ella sus perfumes y aromas. La jóven condesa aspiraba la odorífera fragancia que despedian las plantas con aquella especie de febril entusiasmo que sienten por las flores, las naturalezas escesivamente nerviosas y mientras su mirada recorria los grupos peregrinos, los cuadros esmaltados, acacia-le clavarla muy á menudo en una torre solitaria y medio destruida que se alzaba gigantesca al extremo del parque dominando las bóvedas de follaje. Era la torre en que habia vivido el paje Sancho.